

El capitalismo se reinventará en línea con la nueva sensibilidad de la sociedad y su tiempo. Su buena salud dependerá crucialmente de la visión a largo plazo en el bien común

tenido importantes problemas de liquidez y solvencia. Es más, durante esta época se ha realizado una revolución tecnológica de gran magnitud, con un aumento importante del teletrabajo, que en muchos casos viene para quedarse. Conviven por tanto una crisis exógena al funcionamiento de la economía (COVID) con una cierta destrucción creativa à la Schumpeter. Ante la situación pandémica, los Estados han reaccionado tratando de salvar todo el tejido productivo posible –mediante,

en muchos casos sensatos, programas fiscales como avales o subsidios–, al mismo tiempo que los cambios empresariales se suceden con una rapidez de vértigo. Es un episodio característico de la economía de mercado: problemas, reacción estatal, innovación y cambios. En cualquier caso, la economía post-COVID ya no será igual que antes. En nuestro mundo contingente y en constante cambio tecnológico, es difícil de dilucidar la forma futura que adoptará el capitalismo,

pero seguramente se reinventará en línea con la nueva sensibilidad de la sociedad y su tiempo. Su buena salud dependerá crucialmente de la visión a largo plazo en el bien común, así como de una mirada compartida y comprometida hacia los más vulnerables. Desde la universidad seguiremos tratando de contribuir en ambos frentes a través de una investigación rigurosa e incisiva, y una educación centrada en las personas con las que trabajamos y en el mundo que nos rodea ●

La infodemia del COVID-19

LA PANDEMIA DEL COVID-19 HA GENERADO UNA INFODEMIA SIN PRECEDENTES QUE NO HA HECHO SINO COMPLICAR LA GESTIÓN DE LA GRAVE CRISIS SANITARIA VIVIDA EN TODO EL MUNDO. EN ESTE ARTÍCULO SE ANALIZAN LOS RASGOS DE ESTA PANDEMIA INFORMATIVA.

ÁNGEL ARRESE

Un año después del inicio de la pandemia de la COVID-19, muchos ciudadanos en todo el mundo siguen teniendo dudas sobre distintos aspectos de esta enfermedad y continúan creyendo en bulos y mitos a pesar de los continuos desmentidos de las autoridades sanitarias y expertos, y a pesar de la prueba de la realidad. Al mismo tiempo no paramos de recibir mensajes, provenientes de todo tipo de fuentes y canales de información, sobre cómo comportarse individual y socialmente ante esta enfermedad. En pocos momentos de la historia reciente

–quizá en ninguno– la concentración informativa sobre un tema específico –tanto de los emisores de información, como del interés de las audiencias– ha sido tan intensa y continuada. Tampoco en ningún momento el ciudadano ha contado con tanto acceso a diferentes fuentes de noticias, institucionales (medios, gobiernos, organizaciones nacionales e internacionales, expertos, etc.) e interpersonales (familiares, amigos, conocidos, personajes famosos, *influencers*, etc.). Y quizá por ello, junto a la pandemia sanitaria se ha vivido una verdadera infodemia, que no sólo ha estado caracterizada por la abundancia de información, sino también por su impureza,

Junto a la pandemia sanitaria se ha vivido una verdadera infodemia, que no sólo ha estado caracterizada por la abundancia de información, sino también por su impureza

por la caótica mezcla de información cierta con noticias falsas, intoxicaciones maliciosas, bulos y errores de muy variada naturaleza. La pandemia del COVID-19 se ha producido en la época de las *fake news*, de modo que los esfuerzos por abordar una crisis sanitaria sin precedentes se han visto condicionados por una crisis informativa también inédita.

INFODEMIA

La OMS ha definido la infodemia como un fenómeno de sobreabundancia de información (con una mezcla de noticias verdaderas y falsas) que se produce durante una epidemia.



La infodemia ha obstaculizado los esfuerzos de científicos, profesionales de la salud, medios de comunicación y gobiernos para informar eficazmente sobre el virus, sobre cómo se propaga y cómo manejarlo

Por una parte, la sobreabundancia de información característica del siglo XXI se ha visto exacerbada en este caso por la incertidumbre generada por la pandemia, y por el alto consumo de medios vivido en contextos de confinamiento y distanciamiento social. Por otra, esa misma incertidumbre y la confusión que ha rodeado al COVID-19 desde sus inicios ha proporcionado un terreno fértil para la difusión de rumores, falsedades y teorías conspiratorias que han añadido dificultad a la comprensión sosegada de un fenómeno complejo e inquietante. La información sobre la enfermedad, antes restringida a los profesionales de la medicina, ha estado disponible para el público en general, a un solo clic en la pantalla, como cualquier otra noticia. Además, como es habitual, muchos medios de comunicación

han sido propensos a publicar artículos sobre los temas de moda, sobre las teorías más llamativas, lo que ha contribuido a la rápida distribución de información errónea y perjudicial. Por último, la clase política, en muchos países, no ha ayudado a generar la confianza en las instituciones, la ciencia y los especialistas en salud, sino que en ocasiones ha provocado más bien lo contrario.

La infodemia ha obstaculizado los esfuerzos de científicos, profesionales de la salud, medios de comunicación y gobiernos para informar eficazmente sobre el virus, sobre cómo se propaga y cómo manejarlo. La situación se ha repetido con la llegada de las vacunas, provocando situaciones de confusión y desconcierto innecesarias. A lo largo del último año, se han sucedido historias sobre helicópteros que desinfectaban

ciudades, sobre el virus como arma biológica y las vacunas como arma informática, las teorías conspirativas que afirman que el virus es causado o exacerbado por las señales 5G4, la equiparación del COVID-19 con la gripe estacional, el cuestionamiento de la eficacia de las medidas de mitigación y control (por ejemplo, el uso de mascarillas), la promoción de tratamientos milagrosos (por ejemplo, la hidroxicloroquina), o que comer ajos inmuniza ante la enfermedad.

SÍNTOMAS

Hay muchos síntomas de estar infectado por el virus de la infodemia del COVID-19, aunque el diagnóstico no sea sencillo. Uno de esos síntomas, que se ha analizado en diversos estudios durante este tiempo, es el grado en el que uno está convencido de los bulos que circulan, desde los más extremos (todo es culpa de Bill Gates o la tecnología del 5G es la causante del COVID-19) hasta los más intrigantes y plausibles (la malévolos fabricación del virus en un laboratorio). Además, como con el coronavirus, la infección tiene distintos niveles de gravedad y no se despliega del mismo modo en todos los lugares y entornos.

Investigaciones recientes han analizado la implantación en distintos países de bulos como los citados, y de otros muchos de los que aparecen, por ejemplo, en la página de la OMS (Covid Mythbusters), y han llegado a la conclusión de que la penetración de la infodemia ha sido mucho más rápida e intensa que la de la propia pandemia. Algunos datos pueden ilustrar este hecho, sobre todo en los primeros meses de la crisis sanitaria. En Estados Unidos, un 30% de los ciudadanos creía que los datos sobre



los fallecidos por el coronavirus se estaban exagerando; un 20% consideraba que la pandemia era una excusa para instalar dispositivos de control en nuestro cuerpo; y un 13% que Bill Gates estaba detrás de todo. Que el virus había sido creado en un laboratorio en Wuhan lo creían un 23% de estadounidenses y británicos, un 26% de irlandeses, 33% de mejicanos y 37% de españoles. También en España, en abril de 2020 un 12% de los ciudadanos creía que los antibióticos eran efectivos contra el COVID-19. Más allá de los “infectados”, en general la mayoría de los ciudadanos hemos sido conscientes de estar acechados por el virus de la desinformación. En el Reino Unido, por ejemplo, un estudio de Ofcom en junio de 2020 descubrió que casi la mitad (46%) de la población británica afirmaba haber estado expuesta a noticias falsas sobre el coronavirus, y casi dos tercios de ellos (66%) señalaban haberlas visto a diario. Por supuesto, además de estos “síntomas cognitivos”, todos hemos percibido “síntomas comportamentales” a nuestro alrededor que, de una u otra forma, podríamos considerar relacionados con el contagio de esta enfermedad informativa (incumplimiento de normas sanitarias, manifestaciones negacionistas, negativa a vacunarse, etc.).

FACTORES DE RIESGO

Hay factores de riesgo del coronavirus bien conocidos: algunos son personales

(edad, obesidad, problemas respiratorios, etc.) y otros sociales y de entorno (nivel de interacción social, ventilación de los espacios, movilidad, etc.). Distintos países y regiones del mundo, a su vez, se han visto afectados de distinta forma por la pandemia dependiendo de sus circunstancias económicas, políticas, socioculturales y sanitarias. Con la infodemia sucede algo similar.

Empezando por lo más general, el grado de creencia en las teorías conspirativas y en la desinformación sobre el COVID-19 varía significativamente entre distintas regiones geográficas y países. Según un estudio reciente al respecto, países como Filipinas, Estados Unidos y Hong Kong ocupan los primeros puestos, mientras que otros como Suiza, Canadá, Nueva Zelanda y Bélgica se encuentran a cola. En otra investigación, en este caso centrada en factores políticos, se destaca cómo identificarse como más de derechas o políticamente conservador se asocia con una mayor susceptibilidad a la desinformación sobre el COVID-19 en países como Irlanda, México y España, algo que no sucede con tanta claridad en otros como los Estados Unidos y el Reino Unido. En el mismo trabajo se demuestra que una mayor confianza en que los políticos puedan abordar eficazmente la crisis sanitaria predice una mayor susceptibilidad a la desinformación en lugares como México, España y Estados Unidos.

Obviamente, uno de los factores

.....
Varias investigaciones indican que una mayor exposición a los medios de comunicación tradicionales (televisión, radio, periódicos) se asocia a un menor impacto de las teorías conspiratorias y de la desinformación

de riesgo clave ante la infodemia son los hábitos de consumo de medios. Varias investigaciones indican que una mayor exposición a los medios de comunicación tradicionales (televisión, radio, periódicos) se asocia a un menor impacto de las teorías conspiratorias y de la desinformación, mientras que sucede lo contrario con un consumo intensivo de medios digitales, o de recepción de información de los contactos personales en redes y sistemas de mensajería. En sintonía con esa idea, desde el punto de las fuentes informativas, una mayor confianza en fuentes institucionales (gobierno, medios, comunidad científica, organismos especializados) respecto a fuentes personales (redes sociales, familiares, amistades, *influencers*) se relaciona con menor impacto de la desinformación y con mayor y mejor conocimiento de la información básica sobre la pandemia. En este sentido, negacionistas, conspiranoicos y plandemiólogos a menudo viven en entornos informativos dominados por lógicas muy estudiadas en el ámbito de las redes sociales como las filtro burbujas (*filter bubbles*) y las cámaras de eco (*echo chambers*), en situaciones en las que la información es filtrada y amplificadas por transmisión y repetición en sistema «cerrados» donde las visiones diferentes o competidoras son censuradas o están minoritariamente representadas. Del mismo modo, son personas especialmente vulnerables ante la infodemia aquellas que por convencimiento

.....

Como en otras situaciones de confusión y crisis, las creencias en conspiraciones suelen ser más comunes entre aquellos que se sienten más marginalizados, con niveles más bajos de bienestar psicológico, educación y renta

o por cansancio –a causa la fatiga informativa derivada de la sobrecarga de noticias–, evitan recibir noticias sobre el coronavirus, mostrando una desconfianza completa en los medios de comunicación.

En el plano personal –aunque habrá que investigar mucho más sobre este tema–, los estudios que existen hasta el momento muestran cómo las personas de menor edad son menos susceptibles de acoger bulos y teorías conspirativas que las mayores; por su parte, los hombres tienden a creer más en las noticias falsas que las mujeres, ya que la mayor sensibilidad al riesgo de ellas cumple la función de filtrar la desinformación. Finalmente –aunque sobre esto los estudios son menos conclusivos–, parece que tanto la educación como los ingresos sirven como recursos para defenderse del riesgo, lo que lleva a interpretaciones más minuciosas de las noticias falsas. En esta, como en otras situaciones de confusión y crisis, las creencias en conspiraciones suelen ser más comunes entre aquellos que se sienten más marginalizados, con niveles más bajos de bienestar psicológico, educación y renta.

Como contrapeso a todos estos factores de riesgo, existen también factores de protección que se han analizado en diversos estudios. Así, por ejemplo, se ha demostrado que la confianza en los científicos y los expertos está asociada a una mayor percepción de riesgo sobre el coronavirus, lo que reduce la susceptibilidad a la desinformación sobre la enfermedad. También parece “saludable” evitar o limitar el uso de redes sociales para informarse sobre la pandemia, priorizando la recepción de información proveniente de medios reputados, o de orga-

nizaciones científicas o médicas nacionales e internacionales. Por último –por citar algunos factores adicionales– parece que el bienestar psicológico –estar libre de desórdenes como la depresión, la ansiedad o el estrés– también ha favorecido una actitud más crítica y escéptica ante los innumerables bulos que han acompañado a esta pandemia. Y ha habido incluso algún estudio que ha propuesto que, ante la enorme “datificación” de las noticias sobre la pandemia, el predictor más consistente de la vulnerabilidad ante la infodemia de la COVID-19 es la competencia numérica de los ciudadanos.

EFFECTOS

A diferencia de la pandemia del COVID-19, cuyos efectos –al menos los sanitarios– se pueden medir con datos sobre personas infectadas, hospitalizadas, fallecidas, curadas, vacunadas, etc., las consecuencias de la infodemia tienen más difícil medición. No obstante, sus efectos son bien conocidos y los hay de muy diverso tipo.

La infodemia ha tenido efectos mortales, aunque sea complicado cuantificarlos. Por un lado, con toda seguridad los índices de mortalidad han sido superiores en muchos lugares por las vacunaciones no realizadas, por la reducción de la percepción de riesgo, por la relajación o falta de seguimiento de medidas restrictivas, o por la desconfianza en las medidas gubernamentales o sanitarias como consecuencia de las creencias en bulos y mitos sobre la pandemia. Por otro lado, en ocasiones los propios líderes políticos –veáse el caso de Donald Trump en Estados Unidos o Jair Bolsonaro en Brasil– han azuzado la desconfianza y la desinformación, negando la mag-

nitud de la pandemia o vendiendo falsas curas –recuérdese la ingesta de lejía o la hidroxycloquina–, lo que ha provocado hospitalizaciones y muertes innecesarias.

Pero la infodemia de la COVID-19 ha tenido también otras consecuencias perversas. En amplias capas de la población se ha puesto en duda la capacidad de la ciencia para dar respuesta al reto médico y epidemiológico del coronavirus, lo que se ha unido a otros movimientos de ‘escepticismo científico’ bien conocidos (sobre las vacunas en general, sobre el cambio climático, etc.). La infodemia también ha contribuido enormemente –en unos países más que en otros– a una caída de la confianza de la ciudadanía en las instituciones políticas, gobiernos, y medios de comunicación en general. En algunos países, como España o el Reino Unido, buena parte de la ciudadanía cree que sus gobiernos, como fuentes de información, han sido importantes generadores de noticias falsas o distorsionadas sobre la pandemia. Ya antes de esta infodemia, diferentes estudios señalaban que la pérdida de confianza en el sistema periodístico, como institución central en una sociedad democrática, podía verse como causa (y al mismo tiempo, como consecuencia, en un proceso de retroalimentación) del problema de la creciente desinformación generada por el fenómeno de las *fake news*. La infodemia de la COVID-19 no ha hecho sino agudizar este problema. Y también el de la desigualdad informativa, que tiene que ver con los desequilibrios sistemáticos en cómo personas con distintas edades, niveles de educación, renta, etc. se manejan en entornos noticiosos confusos e “infectados”. Antes, el sistema

.....

Afrontar una infodemia requiere un esfuerzo orquestado que implica a los ciudadanos, a los gobiernos e instituciones públicas, a las plataformas de contenidos y redes sociales, a la comunidad científica y a los medios de comunicación



de medios era tradicionalmente uno de los subsistemas sociales que generaba confianza para saber lo que estaba sucediendo en la sociedad. Ese sistema es en la actualidad cada vez más complejo y se ha ido desfigurando conforme las nuevas tecnologías han facilitado que todas las personas e instituciones, del tipo que sean, puedan jugar un cierto papel de mediación informativa respecto a la realidad. Hoy, la dinámica de los medios sociales cada vez es más inmanejable, lo que se evidencia en situaciones de crisis como la actual, y lo es especialmente para necesidades de difusión de información institucional y científica propias de una pandemia. Finalmente, habrá que estudiar también en el futuro en qué medida la infodemia ha agudizado los efectos psicológicos y comportamentales (miedo, ansiedad, depresión, estrés pandémico, reclusión, etc.) derivados de la propia enfermedad epidémica y de sus trágicas consecuencias en la sociedad.

VACUNAS Y TRATAMIENTOS

Desafortunadamente –sólo cabría imaginarlo en una película de ciencia ficción– no existen las Pfizer, Moderna, Astra-Zeneca o Janssen que puedan

desarrollar vacunas eficaces contra los infovirus; tampoco existen –en este caso afortunadamente– medidas coercitivas eficaces que se puedan imponer desde el poder (confinamientos informativos, cierre de medios, apagones digitales, censuras de información, etc.) para hacer frente a la infodemia. Por supuesto, se carece de la infraestructura científica y “sanitaria” que pudiera hacerse cargo de las ‘enfermedades’ derivadas del contagio infodémico. Pero existen ciertos tratamientos que se pueden adoptar, aunque la mayoría de ellos sean lentos y haya que esperar a sus efectos a largo plazo, lo cual es esperanzador pensando en posibles futuras pandemias y en otros desórdenes informativos.

Afrontar una infodemia requiere un esfuerzo orquestado que implica a los ciudadanos, a los gobiernos e instituciones públicas, a las plataformas de contenidos y redes sociales, a la comunidad científica y a los medios de comunicación.

Hasta la llegada de esta pandemia, muchas de las herramientas utilizadas para luchar contra la desinformación se habían demostrado inadecuadas o insuficientes. La comprobación de datos

de los *fact-checkers* son limitadas e irregulares, y las refutaciones suelen llegar mucho después de que las mentiras se hayan hecho virales, y no llegan precisamente a las personas expuestas a ellas. Los intentos de fomentar la confianza en los medios de comunicación y en el periodismo de calidad, difíciles de orquestar, han sido limitados en escala y siguen siendo principalmente locales. Twitter y Facebook han intentado tomar medidas, eliminando las cuentas perjudiciales y remitiendo a la gente a sitios de confianza con información fiable, pero ambas empresas tardan en actuar y no tienen especiales incentivos financieros para seguir en esa dirección. Los gobiernos y otras instituciones (a escala nacional y transnacional) han puesto entre sus prioridades el combate contra las *fake news*, pero sus esfuerzos regulatorios, de promoción de la divulgación científica o de educación (*media literacy*, *science literacy* y *data literacy*) han sido tímidos y titubeantes.

Con la infodemia del COVID-19 se han tenido que dar pasos decididos en todas esas direcciones. En Europa, por ejemplo, la Comisión Europea, como continuación de su anterior Código de Buenas Prácticas (un conjunto de compromisos voluntarios para las plataformas de medios sociales en materia de transparencia, información conjunta y reuniones periódicas con comisarios), ha dado a conocer recientemente una nueva iniciativa: el Plan de Acción Europeo para la Democracia. Esta iniciativa utilizará las lecciones de la pandemia para trazar una dirección futura para las respuestas reguladoras a la desinformación. A otro nivel, la Organización Mundial de la Salud (OMS), con

